

RECUERDOS CON HISTORIA, 124

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA 1808-1814

UN SABLE DE HÚSAR...

Hoy seré breve, si me es posible, y comentaré un tema que a todo amante de los detalles históricos relativos a las armas blancas ha de sorprender.

No es cuando uno se lo espera que salta la liebre. Ésa, la liebre, suele saltar en los momentos más inesperados y cuando lo hace o te llevas una alegría de campeonato o te hundes en la depresión más abyecta por haber afirmado, a la ligera, algo que a la luz de nuevas investigaciones, has de rectificar, en honor a la verdad, pero con la boca pequeña.

A eso dedico este trabajo, a reconocer un error que cometí hace tiempo en relación a un arma blanca que no era lo que en principio creí.

Descubrí, en un lugar de la Mancha del que sí quiero acordarme, el impresionante sable que aparece en las imágenes. A golpe de vista me pareció un magnífico sable para **oficial de húsares franceses** de finales del siglo XVIII y, más concretamente, una ligera variante del modelo galo de 1777, con destino para húsares exclusivamente, que cubrió las campañas de la Revolución Francesa y la época napoleónica incluyendo nuestra Guerra de Independencia.

El sable estaba más que bien cuidado pues hubo de ser, forzosamente, de los que quedaron arrinconados en viejo baúl de aireada buhardilla de casa señorial, durante muchos años, sin que tuviera oportunidad de reutilizarse y estropearse, años después, a causa, por ejemplo, de las Guerras Carlistas.

Muchos, en este buen estado de conservación, he podido ver en muy diversos museos europeos entre los que debo destacar el Museo Massey, en la ciudad de Tarbes, dedicado exclusivamente a los **Húsares Europeos**. El que aquí tratamos es un destacado ejemplar del que podemos asegurar que su propietario, en el tiempo en que lo usó, lo arrastró poco por el

suelo cuando paseaba a pie, aunque sí lo empleó bastantes veces a caballo.

Confirman ambas aseveraciones el escaso o nulo desgaste del regatón de la vaina y, en cambio, las marcadas huellas que se aprecian en la primera anilla y el tetón de la abrazadera que la sostiene. La segunda anilla no tiene el mismo desgaste pues todo el peso del arma lo aguantaba la primera dado que el tirante “corto” del sable es el que más trabaja. Con las brusquedades de los diversos aires del caballo los sables iban dando saltos violentos que soportaba, como decimos, la primera de las anillas.

Siempre hay alguien que cree que piezas como esta están en perenne peligro de extinción y desaparición y que sólo un milagro hace que se hayan conservado espléndidas más de dos siglos. Pues a la vista de las que hemos visto y estudiado en los museos visitados, debe haber habido más milagros que los que nos contó Gonzalo de Berceo en su obra “Milagros de Nuestra Señora”...

Total, que felices andábamos pudiendo estudiar en directo una forzuda charrasca que, en su juventud, blandió un uniformado húsar francés por los campos de nuestra piel de toro allá por las primeras décadas del siglo XIX.

Mas, ¡ay! que las cosas no son siempre como uno las cree sino que, por el contrario, y a impulsos de la imaginación, a veces hemos corrido demasiado a clasificar y catalogar un objeto el cual, una vez centrados y mediando buenas reflexiones, resulta no ser lo que a simple vista parecía.

Pues eso se ha dado en el presente estudio. Nada que ver con la insuperable hoja de este sable que presenta una forja en “damas” muy singular. Ni con su aspecto general que invita a la rápida clasificación. El húsar propietario debía de estar muy orgulloso de su posesión. Tal vez lo pudo lucir poco tiempo pues ya sabemos lo que se decía en aquellos revueltos tiempos: *“Si un húsar alcanza más de treinta años de edad es que no ha sido un buen húsar...”*

Y ahora, si les parece bien, pasemos al estudio de las imágenes que nos proporcionarán la clave del misterio que esconde tan hercúleo sable.



Visionado del arma al completo. Una prenda. Entero, bien conservado, de aspecto fornido y acabado superior. Sin lujos añadidos pero manteniendo la severidad y austeridad de un arma de tronío.



Detalle de la guarnición. Nada que objetar. Todo correcto y en estado original. Clavadita a los sables de húsar francés del último tercio del siglo XVIII. La ausencia de hilo torzal en el puño era la tónica general aunque también los hubo con el citado complemento.

A destacar los marcados desgastes de la anilla y de su tetón, consecuencia del uso a caballo.



Visionado de la monterilla y aro guardamano que presentan muy leves decoraciones a base de simples líneas marcadas en los citados lugares. Sobriedad extrema si comparamos con la espectacularidad de los uniformes de húsar de la misma época.



A cambio de la temperancia en la decoración exterior sí quiso el húsar propietario gastarse los dineros en una hoja de calidad superior hecha, seguramente, por un espadero particular a juzgar por la falta de marcas o punzones. Sin embargo, el complicado “tramado” estilo damas, recorre toda la hoja de la bigotera a la punta.



Sigamos observando la delicadeza y perfección, casi de joyero, que nos ofrece quien, en su día, mostró alta capacidad de forjado, temple y revenido. Ya es bueno que, de tarde en tarde, nos sea dado poder contemplar un espectáculo así de grandioso.



Ahora contemplemos tres ejemplares de húsar a la vez. Poseen características muy parecidas pues los tres fueron fabricados en el siglo XVIII y empleados en las trifulcas habidas desde la Revolución de 1792 hasta el fin del imperio napoleónico. ¿Los vemos bien? Mismo aspecto y, prácticamente, mismas características morfológicas y geométricas en cuanto a la monterilla, puño (con o sin hilo torzal), aro guardamano en

ángulo, cruz simple y remate del galluelo en esferilla más o menos facetada.

Ahora nos falta observar una cosa: las guías de la vaina. En los dos sables de la izquierda las guías son alargadas y estrechas. En cambio, en el de la derecha, las guías aparecen en forma de rombo o, si se quiere, de “losange” que queda muy fino y muy francés. En este detalle que, de entrada, parece insignificante, está el secreto.

Así, de manera tan sencilla, estamos ante un sable para oficial del tipo de los llamados “**a la húngara**” que emplearon profusamente los oficiales de la Caballería Ligera y, entre ellos, los “**cazadores a caballo**” y muy poco los húsares.

Pues vamos listos, amigos. ¡Átenme esta mosca por el rabo! Ni se nos había ocurrido que precisamente habían sido los húngaros de finales del s. XVIII quienes venían empleando este tipo de arma que imprimió carácter, creó moda y enseguida se extendió entre los “ligeros” franceses a comienzos de la Revolución. Con todas las pequeñas variaciones que queramos pero a la húngara y para cazadores, no necesariamente húsares.

Nuestro gozo en un pozo.

-“Señor cazador, ¿por qué no nos avisaba usted? Al menos no hubiésemos metido la pata tan a fondo. O sea, que no era usted un húsar valentón sino un valentón cazador a caballo. Gracias hombre y usted tan discreto...”

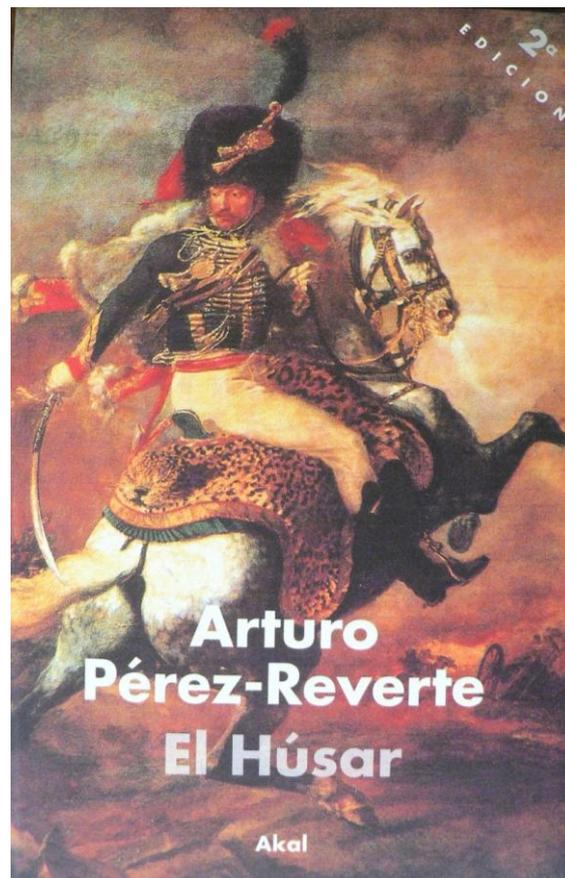
-“No se preocupe amigo, yo tenía un pariente, húsar desde joven, que también empleaba este tipo de arma “à la hongroise” pero, claro, como buen húsar, no llegó a los 26 años...”

Un día, a finales del siglo pasado, apareció una excelente novela del ilustre escritor y periodista, miembro de la Real Academia Española de la Lengua, don Arturo Pérez Reverte, que se titulaba “**El Húsar**”. Óptimo trabajo de gran especialista muy documentado. Perfectamente escrito, el libro mantiene el interés hasta el final fruto de una capacidad de relato y de contextualización histórica insuperables.

Mas, ¡ay! lo que son las cosas, la persona que se encargó del diseño de la portada, don Sergio Ramírez, no hiló fino y queriendo ilustrar el trabajo del escritor con un buen húsar, metió el remo sin querer y lo que hizo fue estampillar un **Oficial de Cazadores de la Guardia Imperial** pintado por Théodore Géricault y conservado en el Museo del Louvre. Lo confundió la similitud de uniforme entre ambos cuerpos. Es lo que tiene hacer el siempre delicado trabajo de diseñador: sonrisas y lágrimas.

En la siguiente edición del libro, el cazador de la portada fue eliminado.

No somos nadie.



Unos creyeron que podía pasar por húsar un cazador y nosotros creímos que un sable de cazador era de húsar.

Perdón.

Y por no haber sido tan breve, también.

Vicente Navarro Serra
Junio, 2019